

Avellaneda de pié

Luis Menéndez

A las siete menos cuarto de la tarde en la plaza Alsina no había ni el menor indicio de algo que se asemeje a una asamblea barrial de Avellaneda: apenas unas cuantas personas sentadas en los bancos que rodean al monumento central, algunos saboreando un helado a puro lengüetazo sobre la crema de vainilla o chocolate, una señora mayor alimentando con migas de pan y trozos de galletitas a las infaltables palomas de las plazas, algún que otro chico correteando por entre las flores y el césped de los canteros.

Así que crucé la plaza de un lado a otro, pasando entre los jubilados que libraban la guerra entre negros y blancos, reyes, peones y caballos en el entramado de los escaques del ajedrez. Uno de ellos malogró su movida, no entrevió que dejaba un descubierto e invocó una defecación verbal cuando su rival le atravesó alfilísticamente la reina. Alternativamente miré la partida de ajedrez y hacia la esquina donde se realizaría la asamblea: nadie todavía.

De modo que me encaminé a observar los saldos de libros a dos pesos que se ofrecen en la librería frente a la plaza. Con el oído atento al sonido de alguna cacerola, tarro de durazno o algo parecido que indique el inicio de la concentración.

Cuando regresé a la plaza eran las siete y veinte. Y sumaban unas quince las personas que se habían reunido en la esquina de la convocatoria. Una famélica bandera, de un metro por un metro, atada entre dos árboles expresaba ampulosamente: Asamblea Popular de Avellaneda. Y, por otra parte, el centro de atención no estaba en la bandera, sino en una mesa muy bien armadita, con un moderno equipo de sonido, micrófono y volantes, tras las que había cuatro o cinco personas juntando firmas en apoyo a un incompresible plan de pesificación.

Unos minutos después, cuando ya éramos alrededor de veinticinco, de la mesa prolijamente armada para la ocasión se larga un discurso de invocación a que los vecinos no se “dejen llevar por el camino incorrecto” de los que buscan “agua para su molino político”. Y ahí nomás se arma una discusión entre los que estaban para la asamblea y los de la mesa, que al parecer son gente de la intendencia (y de la Alianza, porque si aún queda algún referente de la Alianza, además de Ibarra en Capital, es Laborde, en Avellaneda). La cosa se pone pesada porque uno de los que estaba en la mesa le da una piña en la cara a un vecino asambleísta y yo pienso que tras que somos tan pocos, se pudrió todo. La mujer que está a mi lado piensa igual, y agrega en voz alta: ah, no, para esto yo no vengo, si se pelean me voy.

Algunos amagan irse, otros putean, los más discuten con los de la mesa. Pienso que esta provocación de la intendencia les está saliendo bien, al parecer la asamblea, que ya venía floja de por sí, va a terminar en un forcejeo dispersivo y en la nada. Como otras veces: Avellaneda ausente y aplazada.

Pero a alguien se le ocurre que mejor que pelear con la mesa de la intendencia es irse para la otra esquina y dejarlos solos con su discursito provocador. Poco a poco nos marchamos una cuadra mas allá, y rápidamente se fortalece un rechazo a la provocación y surge una simpatía entre quienes ahora somos casi cincuenta almas gritando: oh, que se vayan todos, que no quede, ni uno solo.

Canto que se agiganta cuando algún otro vecino descubre que hay por ahí un concejal del PJ. Algunas mujeres mayores se le van encima, esgrimiendo la cacerola como brazo acorazado y al tiempo que le gritan que se vaya lo persiguen implacablemente, más aún cuando ya todo el mundo se lo grita, hasta que el concejal recula, da la vuelta y se aleja presuroso de la plaza.

Y de repente el canto empieza a ser acompañado con más cacerolas. Con más palmas. De la nada surge un bombo, un redoblante. Y brotan banderas argentinas y pancartas que disparan contra la patria financiera, contra la corte suprema de justicia. Llega una camioneta con altavoces. Y ya no somos solitarios que nos juntamos en una esquina, sino que nos vamos mancomunando, y hacemos empatía con la mamá que empuja el cochecito de su bebé y que se acerca, y cambiamos una mirada con la señora mayor y su marido que nos sonríen, ella con una cacerola desairada y él con un cartel escrito a mano donde se dice que no hay que pagarle al FMI. Alguien reparte volantes: sobre el robo de los bancos, sobre las resoluciones de la Asamblea Interbarrial de Parque Centenario del pasado domingo.

Siguen llegando personas, ya somos muchos para la esquina placera, así que poco a poco se va cortando la avenida Mitre, a puro brazo, porque no hay policía ni nada que se parezca para desviar el tránsito. Las banderas sirven como primeras vallas para los autos, luego la gente misma es la que ocupa la calle y en pocos instantes por la Mitre no pasa un solo vehículo.

De los autos suenan bocinazos, la mayoría acompañando el ritmo del golpe de las cacerolas y las palmas. Y los cantos. Sobre todo uno que se repite y repite: oh, que se vayan todos, que no quede, ni uno solo...

En el embotellamiento un auto importado toca su bocina en serenata con la gente. Adentro un hombre de barba sonríe y aplaude. Un vecino que está a mi lado va y lo saluda, le da la mano. A mí el del auto me parece cara conocida, pero no sé. Cuando el vecino vuelve me cuenta que es José Larralde, el folclorista. Viste en que sulky importado anda, me dice, en alusión al plateado vehículo que poco y nada tiene de campero.

Algunos empiezan a hablar por los altavoces, se da cuenta de las resoluciones de la asamblea de Parque Centenario, se proponen algunas otras. Pero la verdad es que pocos escuchan, la mayoría de nosotros canta, golpea sartenes y palmas, cacerolas y tenedores.

Miro alrededor, ¿cuantos somos? cuatrocientos, quinientos, mas o menos. Uno de los que habla se manda una de aquellas: después de putear al gobierno larga de plano la necesidad de un Seinfeld. No puede seguir, la rechifla de los que lo escuchaban y la de los que no lo escuchaban pero se enteran porque el de al lado se lo sopla en el oído, es ensordecedora. El tipo se va, desquiciado. La gente en pleno canta: paredón paredón, a todos los milicos que vendieron la nación. Todos.

En algún momento se propone la votación de las acciones planificadas para la semana y el encuentro de una nueva asamblea para el viernes 25, antes del cacerolazo nacional. Ahí se baja un poco el volumen del canto y las cacerolas y se vota, todos levantamos las manos. El circunstancial vecino que esta junto a mí me grita entre el canto colectivo que recomienza: estamos en la calle, eso es lo que importa, copar la calle.

Entre el vibrar de los utensillos de cocina y el de las bocas iracundas rescato algunas de las otras cosas que se proponen para hacer: que cada uno de nosotros se comprometa a traer tres personas como mínimo para la próxima asamblea, que hagamos un volante invitando para tirar por toda Avellaneda, y por supuesto: que se vayan todos, que no quede, ni uno solo...

Y que nos vamos ahora a cortar el puente Pueyrredón, ese cinturón de cemento que nos une a la ciudad de Buenos Aires. Que se verá estremecido por segunda vez en el día, ya que por la tarde lo cortaron los integrantes de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón Zona Sur. Avellaneda sale a la calle: también hoy, al mediodía, se habían hecho escraches a los bancos de la zona céntrica de la ciudad.

Hacemos columna y caminamos por la Mitre hasta el puente. ¿Será que caminando parecemos más? O como me dice alguno con el que intentamos sacar números: mirá ahora que marchamos se suma mas gente a medida que pasamos. Somos como setecientos.

Aparece algún canal de televisión. Y cuando la cámara enfoca, el canto resuena con su máxima fuerza: oh, que se vayan todos, que no quede, ni uno solo...

La mujer que camina a mi lado le da y le da tanto a la cacerola con la cuchara de madera que ésta se parte en dos. Me mira, me hace un gesto cómplice y le sigue dando con el pedazo que le queda en la mano. Encuentro, al paso, un trozo madera apropiada para reemplazar la cuchara rota. Me agradece y le sigue dando, abollando aún más la ya desfigurada cacerola.

Y sonreímos. Porque esto ya lo sentí antes: cada vez que salimos a la calle desde el 19 de diciembre. Marchamos y sonreímos. O lloramos, a veces,

cuando hay gases y nos tiran y nos matan como hace un mes. Pero no estamos serios, ni circunspectos. Los políticos, los economistas, los militares, los curas, todos los que están en el poder se nos muestran serios y circunspectos. O aparentan serlo en sus cómodas sillas del Parlamento, de la Casa Rosada, de la Corte Suprema, del Cuartel o de la Vicaría. La gendarmería también asume la cara circunspecta y seria del poder. Y después reprime, sin ningún recato ni circunspección.

Nosotros proponemos la cara opuesta. Nosotros reímos, cantamos, lloramos, sentimos.

Copamos el puente, ¿nos van a putear los de los autos, de los colectivos, la gente que vuelve del trabajo cansada? No nos putean, en cambio, nos aplauden, cantan al paso, con nosotros, suenan sus bocinas.

Nos acompañan en este No profundo, visceral, que le arrojamos a la cara a todos quienes escondidos en las paredes de un sistema salvaje y putrefacto deciden la política y la economía. Los que disponen la vida y la muerte ajena.

Nosotros hacemos al revés, a cara descubierta, en la calle, con el pulmón afuera, con la vida, les gritamos: oh, que se vayan todos, que no quede, ni uno solo...

Y mientras regresamos, otra vez, después de una hora y media de corte del puente Pueyrredón, marchando por la Mitre hacia la plaza Alsina, pienso que esto mismo que estamos haciendo ahora, este mismo canto, esta misma sonrisa, este mismo No, este mismo rechazo, se repite en los barrios de Buenos Aires, en el Chaco, en Santa Fe, en los pueblos de provincia como Casilda, en los piqueteros y los desocupados, en los docentes, en los jubilados, y más, y más.

Y es un coro gigantesco, una sinfonía de voces y cacerolas y tarros de durazno y palmas y redoblantes y los mil y un instrumentos musicales improvisados, este cromatismo de sonidos, este aluvión de sentimientos, este derrame incontenible de nuestras voces que sigue entonando, porfiada y maravillosamente: oh, que se vayan todos, que no quede, ni uno solo...

21/01/02